

Y bien: ¿cuál es la deducción lógica y natural de las reflexiones hasta aquí consignadas acerca de los grandes errores que el positivismo materialista lleva en su seno en el orden de las ideas, á la vez que acerca de los peligros gravísimos que en el orden de los hechos entraña? Parécenos que la respuesta no ofrece especial dificultad para todo hombre de recto criterio, de sano juicio, y sobre todo de buena voluntad y levantado corazón. Si, como hemos visto, el materialismo contemporáneo es una derivación más ó menos directa, parcial é incompleta del racionalismo; si mantiene con este innegables relaciones de afinidad; si es una transformación de este por el intermedio del panteísmo, el materialismo no puede ser combatido con ventaja, ni el triunfo contra él puede ser duradero, sólido, fecundo, ni es posible que desaparezca la influencia perniciosa que sobre la sociedad viene ejerciendo, sino á condición de restaurar el espiritualismo cristiano, antítesis verdadera y única del racionalismo en todas sus fases y manifestaciones, llámense estas deísmo ó naturalismo, eclecticismo ó panteísmo, positivismo ó materialismo. Solo el espiritualismo cristiano, como síntesis de la verdad pura y completa en el orden religioso, moral y social, puede impedir la disolución y putrefacción de una sociedad paganizada en sus ideas, en sus leyes y en sus instituciones, en sus ciencias, en sus artes, y hasta en sus deseos, esperanzas y aspiraciones. Solo el principio divino y cristiano

encierra fecundidad bastante para transformar y regenerar una sociedad saturada de paganismo, y que ha desterrado á Dios de su seno.

Es preciso desengañarse: el mundo moral ha perdido su equilibrio al perder la idea revelada de Dios; el racionalismo y el materialismo, al negar á Dios, y á su Cristo, y á su Iglesia santa, han implantado en el mundo moderno el caos, el vicio y la nada. Arrebatando á los hombres, á los pueblos y á las sociedades su verdadero centro de atracción, el Dios viviente y personal del Evangelio, la idea de la justicia divina y sempiterna, la revelación de Jesucristo, elevando al hombre hasta sí, y evangelizando al pobre y al rico, la ciencia racionalista y anticatólica ha formado el vacío en torno del hombre y de la sociedad; y el hombre y la sociedad, separados del cielo, clavan sus manos, sus miradas y su corazón en la tierra. Como la suspensión y ausencia de la ley de atracción produciría en el mundo astronómico la confusión y el caos, precipitándose unos sobre otros los astros con espantable rapidez y estruendo, no de otra suerte el mundo moral y social, una vez ausente la idea de Dios, y sobre todo la idea viva de Jesucristo y de su Iglesia, ve surgir en su seno espantables convulsiones y rudo choque entre sus elementos. Es preciso, pues, abandonar esa ciencia tan orgullosa como ilusoria, que pretende sacudir el yugo de Dios y se rebela contra su palabra: es preciso desterrar esa ciencia, que arruina

y desespera, para abrazar la ciencia de Dios, que edifica, ennoblece y consuela.

Que si se nos pregunta ahora cuál es esa ciencia de Dios, capaz de salvar á la sociedad, amenazada de perecer por la ciencia del hombre, nosotros respondemos sin vacilar que esta ciencia es la ciencia católica, esa ciencia informada á la vez por el principio fecundante de la fé divina y por el espíritu vivificador de la caridad cristiana. Representacion, por decirlo así, de un psicologismo verdaderamente trascendental y muy superior al psicologismo estrecho, árido y frio del racionalismo y de la filosofía del *yo*, reconoce como base incontrastable, aunque no única, de verdad y de ciencia, aquella fé divina que traslada las montañas y que emana del Verbo de Dios; y á su lado reconoce su revelacion externa y espontánea en aquella caridad, que es *paciente y benigna, que todo lo sufre y todo lo espera*, en expresion del Apóstol. Enfrente de la razon humana afirma la razon divina, pero sin destruir por eso ni negar la primera: enfrente de la voluntad humana, frágil, inconstante é inclinada al mal, afirma la voluntad divina, expresion de la justicia eterna y de la santidad infinita: enfrente de la autoridad humana, ó mejor dicho, como superior á la autoridad humana, afirma la autoridad divina, base, razon suficiente última y sancion suprema de la autoridad humana, y al afirmar y presentar á nuestros ojos una Providencia divina, santa y misericordiosa,

que reconcilia al hombre con Dios en Jesucristo y por Jesucristo, y le conduce á sus altos y sublimes destinos á través de las vicisitudes, borrascas y tentaciones de la vida presente, eleva, ennoblece y fija el corazon del hombre, porque le pone en contacto inmediato con Dios, centro de gravedad de sus aspiraciones. ¡Union con Dios! ¡Posesion de Dios! ¿Quién dirá las delicias eternas, los torrentes de luz, las armonías celestes que se hallan encerradas en esta sencilla, al par que magnífica revelacion cristiana del destino final del hombre? Que no en vano se ha escrito, que *ni el ojo vió, ni el oído oyó lo que el Señor tiene preparado para los que le aman*. Cuando esta palabra y esta esperanza descenden hasta el fondo del corazon humano y regulan los movimientos del alma y las relaciones sociales, la paz, la resignacion, la fraternidad, la caridad, el valor moral, la obediencia y el orden, son su consecuencia necesaria, natural y espontánea. En medio de las debilidades, flaquezas y pasiones que constituyen la herencia del hombre sobre la tierra, la sociedad marchará mas ó menos agitada, pero sin las horribles convulsiones y trastornos que experimentar suele cuando el hombre aparta su corazon y su mirada de Dios, perdiendo á la vez la idea y la esperanza de su destino final.

Desolacion, violencia y desorden constituyen inevitablemente las manifestaciones de la actividad humana, desde el momento que pierde de vista la existen-

cia y condiciones cristianas de una vida futura y eterna, en armonía y relacion con sus obras presentes; desde el momento que pierde de vista que el principal teatro de la vida humana hállase detrás del sepulcro; que la vida presente solo tiene un valor de prueba y de preparacion, y que la peregrinacion sobre la tierra solo puede ser fecunda en resultados cuando se halla modelada sobre la de aquel Verbo de Dios, que dijo al hombre: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

Si la fé divina, en la cual radica la ciencia cristiana, representa uno de los principios mas importantes y fecundos de regeneracion moral y social para el hombre, no es menos importante y fecundo el principio de la caridad cristiana. Ni se crea por eso que consideramos á la caridad cristiana capaz de enjugar todas las lágrimas, ni de evitar todas las miserias. El trabajo es una ley impuesta al hombre por su Hacedor, y el mal en todas sus formas corre y correrá siempre desbordado sobre esta tierra de tentacion y de prueba, arrastrando en su impetuosa corriente los sudores, las lágrimas y la sangre de los hijos de los hombres. Empero, sin negar nada de esto, licito nos será afirmar que el gran principio de la caridad, revelacion la mas sublime, y por decirlo así, la mas simpática del Verbo de Dios, *hecho carne, lleno de gracia y de verdad*, constituye uno de los medios mas eficaces y poderosos para resolver el formidable problema

económico, que cual espectro funesto se levanta amenazador ante la sociedad moderna.

Verdad es por todos reconocida y comprobada por la historia, que en todos los tiempos y en todos los climas los ricos y los pobres tienden á separarse y alejarse unos de otros. El rico se aparta del pobre por orgullo y hasta por egoismo, temiendo que la vista de su miseria perturbe ó disminuya la tranquilidad de sus goces. El pobre, á su vez, se aparta y aleja del rico, algunas veces por una especie de pudor ó vergüenza, pero otras muchas por un sentimiento de sordo rencor, mezcla de cólera y de envidia, que hoy acaso mas que nunca fermenta en el corazon de las clases proletarias, merced á las doctrinas y predicaciones del racionalismo y del positivismo filosófico.

Si pedimos ahora á estos sistemas el remedio de este mal, si les preguntamos por los medios con que cuentan para aminorar, ya que no hacer desaparecer ese espíritu de apartamiento, de envidia y de odio entre pobres y ricos, hablaránnos mucho de asociacion y de libertad, de fraternidad y filantropía; pero á través de estas sonoras palabras, en medio de los sistemas y ensayos sobre ellas fundados, escucharemos la voz fatigosa de la miseria, y, lo que es peor aun, la voz del odio y de la cólera, que suben del fondo de la sociedad como un grito de maldicion y de muerte: un gemido sordo, una queja unánime, un sonido estridente, resuenan en el espacio, y acusan, y denuncian, y

revelan la frialdad real de los corazones, en medio y á pesar de sus filantrópicas teorías.

Y bien: ¿cuál es la razón suficiente de este fenómeno tan desconsolador como innegable? ¿Por qué la ola de la miseria sube y se acrecienta á medida que sube y se acrecienta la ola de la riqueza? Lo hemos indicado ya, y lo repetiremos otra vez mas: es que esas instituciones de la economía y de la ciencia moderna, buenas y nobles en sí mismas, ni tienen por base la idea religiosa ó divina, ni se hallan animadas por el espíritu de la caridad cristiana. De aquí, su infecundidad y la esterilidad relativa de sus resultados. El obrero, absorbido por la necesidad y perpetuidad de un trabajo penoso, exigido por el capital egoísta y descreído, pierde el sentimiento religioso, y con él pierde á la vez el respeto á la autoridad, el gusto de la sobriedad, los castos amores de la familia. Muy diferentes serían los resultados, no hay que dudarlo, si el rico y el pobre, el capitalista y el obrero, marcharan en las corrientes de la fé en Jesucristo y de la caridad cristiana. *Os doy un mandamiento nuevo*, dice el Verbo de Dios al rico y al pobre, *que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado: en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros*. Si por una parte amenaza al rico que cierra sus entrañas sobre los gemidos del pobre, prometiéndole á la vez grandes recompensas si enjuga sus lágrimas, por otra dice al hombre de la pobreza

y del dolor: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Bienaventurados los que son desgraciados en la tierra, porque honrados serán en el cielo. Bienaventurados los que pasan regando la tierra con su sudor y con sus lágrimas, porque su recompensa es grande en el cielo.

¡Oh! si los hombres de la ciencia, y los filósofos, y los economistas, y los políticos sobre todo, se inspiraran en el Evangelio, y protegieran la Iglesia católica en lugar de perseguirla y calumniarla, y armonizarán las enseñanzas de la experiencia y de la economía política con la enseñanza superior y divina de Jesucristo, y cuidaran de fecundizar los progresos de la razón y de la ciencia con el doble principio divino de la fé y de la caridad, ciertamente que el problema económico-social no se presentaría con proporciones tan aterradoras. ¡Y si al menos se concediera á la Iglesia de Cristo el derecho comun de la libertad! Justo sería ciertamente, y además de justo provechoso á los gobiernos, á los pueblos y á la sociedad toda, que al menos pudiera la doctrina católica desarrollar libremente el germen de caridad inagotable que en su fondo encierra, para atenuar, disminuir y dulcificar, ya que no sea posible estirpar por completo, todos los dolores, todas las miserias, todas las necesidades y desgracias de la humanidad. Porque ¿quién ignora la ingeniosa solicitud con que la caridad del catolicismo ha sabido acudir á todas las necesidades, miserias y

dolores de la humanidad desvalida? Inquiere, averigua y espía, por decirlo así, en cada siglo y en cada pueblo la miseria que le es propia, para correr á su alivio con afán constante. Ella es la que ha formado al caballero de Malta y de Santiago. Ella la que inspiró el pensamiento de los Domingos, Franciscos é Ignacios, para suministrar y dispensar al pueblo el servicio gratuito de la palabra, del ejemplo, de la virtud y de la verdad, de que se halla hambriento y necesitado. Es ella la que formó al religioso de la Merced y al hermano Hospitalario, para redimir al cautivo, y para asistir al leproso y al demente. Ella es, en fin, la que ha formado á la hermana de la Caridad, y al hermano de las Escuelas cristianas, y á la Hermanita de los pobres, y al misionero apostólico que llevando la luz y la civilización hasta los confines de la tierra, cae en lejanos climas bañado en su propia sangre, pronunciando palabras de amor, de bendición y de santa esperanza sobre sus mismos verdugos. ¿Por qué, pues, las naciones modernas no han de proteger y fomentar el desarrollo de estas grandes instituciones de la caridad cristiana? Y si es cierto, como lo es, que estas instituciones reciben su savia y su vigor sobrehumano del principio católico, ó sea de la religión de Jesucristo, representada por la Iglesia católica, justo sería que esta fuera honrada en su cabeza y en sus ministros, auxiliada y protegida en sus instituciones por la sociedad civil, si esta desea sinceramente conjurar los

peligros y profundas perturbaciones de que se halla amenazada por la Internacional.

Ni se crea por eso que reprobamos, ni menos rechazamos, lo que hay de legítimo en las ideas de la ciencia, ó en las instituciones económico-políticas y sociales. Creemos, por el contrario, que el principio de la libertad, convenientemente aplicado, puede contribuir eficazmente á la resolución del problema económico-social. Creemos que el principio de la fraternidad encierra una idea evangélica. Creemos que el principio de asociación, no solo es un gran principio, sino que trae su origen y recibe su sanción más elevada y firme del cristianismo. Y no es solo en este orden de ideas en el que creemos posible, útil y necesario el acuerdo y el movimiento armónico.

No hay necesidad de separar, antes bien deben marchar de acuerdo, las letras profanas y las letras cristianas, la verdad filosófica y la verdad revelada, las ciencias naturales y la moral cristiana, las maravillas de la industria y los prodigios de la caridad católica, el respeto por la tradición y el movimiento progresivo hacia el porvenir. Lo que sí creemos, y lo creemos con creciente firmeza cada día, es que este movimiento progresivo de la humanidad no puede ser fecundo, sino á condición de ser armónico, en el sentido indicado, y no puede ser armónico, sino á condición de arrancar de la idea cristiana, del Verbo de Dios, como base universal de la ciencia, y de hallarse

informado por el principio vivificante de la caridad.

Que no en vano está escrito, y escrito por el dedo mismo del Espíritu Santo, que *el Señor es el Dios de las ciencias*; ni es tampoco vana la palabra que dice que *Dios es caridad: Deus charitas est.*

Madrid, Marzo de 1872.

APÉNDICE.